

Modificación del Plan de Tacubaya (11 y 28 de enero de 1858)¹

El General D. J. de la Parra, en Gefe de las fuerzas de su mando, á los habitantes de esta capital.

Conciudadanos: —Hace veinticinco días que la guarnición de esta capital se pronunció por el Plan Regenerador de Tacubaya que tan unánimemente fué acogido por la mayoría de la Nación; mas por desgracia el gefe del Ejecutivo, que fué el mas entusiasta en sostenerlo, adoptó un sistema de vacilación que ha puesto en alarma á cuantos lo secundaron, haciendo desconfiar de las promesas que hizo en su manifiesto como garantía de él.

Resueltas las fuerzas de mi mando á llevar al cabo la empresa de que hicieron responsables al proclamar el citado Plan, he resuelto modificar el art. 2o., eliminando al Excmo. Sr. Comonfort del mando Supremo de la Nación, y proclamando como General en Gefe del Ejército Regenerador al Sr.

D. Félix Zuloaga, quien está decidido á salvar á la patria, conservando su religión, la incolumidad del ejército y las garantías de los mexicanos.

Restablecido el orden, se procederá desde luego á la organización del Poder Ejecutivo, nombrándose un Presidente interino de la República por una junta compuesta de un representante por cada Departamento, nombrada por el espresado General en Gefe.

Conciudadanos: Unión y orden es lo que os recomiendo quien, á la cabeza de las fuerzas de su mando, no tiene otra ambición que asegurar la paz y la organización de un Gobierno que dé garantías y haga la felicidad de este desgraciado pais.

México, Enero 11 de 1858. —J. de la Parra.

Manifiesto del Gobierno Supremo de la República a los Mexicanos

Una de esas crisis terribles que Dios permite, sin duda para instruccion de los pueblos y de los gobiernos, amenaza á un tiempo la unidad y la vida de la República y los principios de su civilizacion. Un movimiento de perturbación y violencia deja una huella de esterminio y de sangre por todas partes, y la sociedad, conmovida profundamente y sin poder organizar todavia una resistencia que pueda salvarla, nos habla á todos en medio de este desorden y trastorno general. En circunstancias tan dolorosas, y obtenido un triunfo que se ha consagrado á la causa gloriosa de 1821, y que no se ha manchado con ningún exceso ni con ningún odio, el Gobierno que acaba de establecerse no debe buscar otro apoyo ni proclamar otros nombres, que la Religión, la Union y la Independencia.

Pocos cambios se han presenciado, y no ofrece ciertamente ninguno nuestra guerra civil, en que sea mas legítimo el derecho de pedir un nuevo orden de cosas, mas uniformes el voto y la voluntad de los pueblos. Atacada la Iglesia, desconocidas nuestras costumbres, sancionadas las máximas mas disolventes y en peligro la propiedad, la familia y todos los lazos sociales, la Constitución de 1857 ha desaparecido, sin embargo, no por lo enemigos que habia suscitado, ni por los poderosos elementos reunidos contra ella, sino por el mismo desacuerdo y por la misma discordia entre las autoridades establecidas. Convenia á las miras de la Providencia esta vez, que el edificio que se habia levantado sobre cimientos tan deleznales, solo cayese por su propia inestabilidad.

Disuelto el congreso, empeñado el que ejercia el Poder Ejecutivo en no adoptar ningun plan de salvacion comun, y en escitar contra sí mismo al partido que lo habia elevado y á la sociedad que lo conjuraba á que abrazarse los buenos principios, no podia haber ni otro centro de unidad, ni otra esperanza de orden y de garantías, que la fuerza armada y el plan á que habia apelado en 17 de Diciembre del anterior para preparar un cambio saludable y librar al pais y á esta capital de una horrorosa catástrofe. No hay necesidad de referir, porque lo saben todos, cómo se fueron complicando los acontecimientos, y cuál fué la necesidad de empeñar una lucha que pudo prolongarse por muchos dias y que se terminó en muy pocos, sin mas desgracias que las que son inevitables. Cuando se habla de guerra entre hermanos, debe economizarse todo elogio á la disciplina y al valor personal; pero no seria permitido nunca callar la decision del ejército y la moderacion con que se ha conducido, inspirando la confianza y venciendo cuantas dificultades pudieron oponérsele para no dar al triunfo que habia alcanzado otro carácter del que le convenia: paz y concordia. ¡Digna imitacion de los soldados de 1821! Sobre estas bases se ha establecido el Gobierno que dirige la palabra á la Nacion. Estraño á todas las cuestiones de la política interior, y sin ningun género de responsabilidad por lo que deja atrás, se encuentra colocado en la situacion mas difícil y peligrosa, porque la sociedad casi esta disuelta, pero con la misión mas noble para dirigir los negocios y hacer posible siquiera un período de orden y de prosperidad.

El partido de la Constitución, que ha encendido todos los odios y que favorece la dictadura mas ilimitada y la anarquía

¹ Arrillaga, Colección.

mas peligrosa, va á preguntar al Gobierno con qué derecho se ha establecido y cuál es su representacion legal. El Gobierno, que no quiere presentarse ante la Nacion sino bajo la forma sencilla del desinterés, de la verdad, responderá desde luego que su derecho es el de la propia conservacion, y que su representacion será la que la República, que tiene la obligacion de salvarse á sí misma, quiera darle. ¿Podrá ser una administracion nacional, ó solo el gobierno de algunos Departamentos. Pero mientras la República no pronuncie su fallo, mientras no se declare por alguna de las banderas que han levantado las facciones, que no son ciertamente órgano de su voluntad, el Gobierno debe creer y proclamar también que el programa de las garantías es el único que quieren los pueblos, el único que puede servir de cimiento á una sabia constitucion y á una acertada organizacion política. El Gobierno opondrá á un plan que todo lo destruye, otro que lo conserva todo; y preguntará á su vez si lo que se llama progreso y reforma, que ha empapado á nuestro suelo en sangre y en lágrimas, debe prevalecer sobre los sentimientos que ha manifestado siempre la Nación bajo el estandarte de la independencia. Si los caudillos que se sacrificaron por ésta, hubieran podido imaginar siquiera que se buscaria alguna vez la grandeza de México en la persecucion á la Iglesia y en la discordia erigida en sistema, ó habrian desistido de su noble propósito, ó habrian bajado al sepulcro llenos de amargura y de funestos presentimientos.

Las leyes que espide el Gobierno y que van á circundarse con este manifesto, explicarán bien las necesidades que en lo pronto hay que satisfacer, y las medidas que deben adoptarse para tranquilizar la conciencia pública y restablecer la armonia entre las potestades civil y eclesiástica. La Iglesia ha considerado sus bienes como un patrimonio legítimo y sagrado; pero no ha vacilado un momento en perderlos todos por conservar su doctrina y la obediencia que debe al Gefe Supremo de la Religion. Ha visto atacado el fuero eclesiástico, y privados á sus ministros de los medios necesarios de subsistencia. Ha sufrido una persecucion que apenas parece creible en México, y nadie puede disculparla si apela al testimonio imparcial de su conciencia y á los sentimientos puros de su corazon. ¿Qué inteligencia ilustrada, qué alma generosa, qué justicia pueden aprobar las leyes que se han sancionado? Reparar estos males, calmar los ánimos y presentarse el Gobierno como una administracion compuesta de hijos fieles de la Iglesia Católica y deseosos de dejar á su patria y á su posteridad ejemplos dignos de sus mayores, es el deber mas imperioso y el que menos puede contrariarse ni aun por los hombres que no profesen estos principios. En este naufragio en que todo se pierde, y que no debemos contemplar sino como un castigo de Cielo, ¿por qué no hemos de invocar su proteccion reparando las injusticias que se han cometido? Y si el respeto al culto de nuestros padres, si devolver á la Iglesia lo que le pertenece, si precaver nuevos conflictos entre las dos potestades, si restablecer la administracion de justicia y organizar los ramos del Gobierno es observar una conducta de partido, lo dirá en breve tiempo la República y las naciones que nos observan. Vendrá el desengaño, y no podrán ya confundirse los sentimientos que inspira la Religion, con los intereses de un bando político.

Nadie puede dudar que las personas de que se compone el Gobierno están bien penetradas de la inmensa dificultad de restablecer la paz, de la responsabilidad que desde hoy pesa sobre ellos, y de la resistencia que van á encontrar en los Departamentos cuyas autoridades no quieren adherirse al cam-

bio que se ha efectuado en la capital. ¿Quién podria creerse capaz de construir una obra sólida con las ruinas que se ven sembradas por todas partes, con el extravío de las ideas y con los ódios y enemistades encendidas en los corazones? ¿Pero será permitido á un mexicano, cuando la Nación está próxima á disolverse y cuando raya una luz de esperanza, dejar de prestar su cooperacion en los momentos mas angustiados para la patria? ¿Ha de quedar ésta entregada á un destino ciego y á una ruina inevitable? ¿No ha de revivir en todos sus hijos el fuego que encendió su libertador cuando proclamó que el primer bien de México era la Religion, que con ella viviríamos unidos, y que esta concordia seria el cimiento indestructible de la independencia? ¿Habrá hombre tan parcial ó tan preocupado, que cuando se le muestre la enseña gloriosa en que están escritos los títulos de la soberania nacional y del respeto que supo inspirar en días mas felices; quiera oponerle otra que no nos anuncia sino desgracias, una division perpetua y un término horroroso? Cuando se hace callar la razon, los hechos hablan, y cuando se destruyen todos los intereses y se conculcan todos los sistemas y todos los principios hay dos cosas que permanecen en pié y que nos juzgan á todos: la verdad y la justicia.

A ellas apela el nuevo Gobierno y por ellas quiere que sean calificados todos sus actos. El día que engañe ó atropelle las leyes de la moral pública; el día que puedan decir los ciudadanos, esta administracion oprime, es infcua, arbitraria, y no se dirige sino por las pasiones malignas y por el espíritu de partido, recaiga sobre el Gobierno el anatema nacional y que tenga la suerte del último que le ha precedido. Pero si cumple bien el juramento que acaba de hacer, de promover eficazmente la union entre todos los mexicanos y si en medio de los conflictos ó desgracias que puedan sobrevenirle, puede decir á la faz de la Nacion, que ha hecho cuanto ha dependido de él para salvarla, y que si no ha sido feliz, sí ha tenido un intencion pura y un patriotismo noble, entonces es seguro que no será perdido ese ejemplo, y que habrá merecido bien de la patria, que tarde ó temprano ha de hacer justicia á sus hombres públicos. Proscriptos unos, desgraciados, otros, prófugos los que ejercen la autoridad suprema, levantados nuevos poderes sobre los restos de otros destruidos, esta accion y reaccion ofrece mil reflexiones al observador imparcial que nada encuentra de sólido ni en las constituciones, ni en los Estados, cuando entregamos á las pasiones el gobierno de nosotros mismos.

No hay inconveniente ninguno, y por el contrario, es una obligacion sagrada inculcar, que solo el sentimiento religioso puede librar á este desgraciado pais de todos los horrores de la barbarie. Se ha querido abatir la influencia moral y benéfica de la Iglesia, y se levanta una dictadura de devastacion y de muerte por todas partes. En este punto, pues, será tan firme el Gobierno, como son los principios que profesa y el respeto que debe á la Religion. Por fortuna ésta se concilia con todas las formas políticas, con todo género de gobernantes y autoridades, con todas las concesiones que la prudencia ó las circunstancias exijan para unir hermanos que se destrozan con encarnizamiento, y que contemplan con mayor interés y como de mas importancia cuestiones frívolas, que nuestros Estados fronterizos invadidos por los bárbaros, nuestros caminos públicos cubiertos de malhechores, nuestra hacienda aniquilada enteramente, y nuestra administracion reducida al simple cambio de personas, y combatida por hombres que buscan en ella los medios de hacer fortuna ó de propio engrandecimiento.

El Gobierno apurará cuantas medidas sean posibles para que cese el conflicto de las armas y se asegure la unidad nacional por el patriotismo y el convencimiento. Embarazosa como es la situación en que se encuentra, y no apelando las facciones sino á la violencia y á la fuerza, se empeñará en evitar nuevas desgracias, y declara desde ahora, para que lo sepa la Nación toda, que las que sobrevengan no han de ser de su responsabilidad. Así lo va á manifestar á todos los gefes y autoridades que no lo reconozcan, abriendo una puerta muy ancha para que todos vuelvan la vista sobre la patria y se conjure á tiempo la ruina de que está amenazada. Los actuales Ministros protestan ante Dios y ante la Nación, que han hecho el sacrificio mas costoso al encargarse de las respectivas Secretarías del Despacho, y que la única recompensa á que aspiran, es la union de todos y volver á la vida privada. Y por lo que toca al General que ejerce el Poder Ejecutivo, debe declarar que propuso y convino con el que le precedió en el Gobierno, y para precaver los desastres de la lucha empeñada dentro de la capital, que ambos se retirasen del mando de las fuerzas que cada uno tenia bajo sus órdenes, y que saliesen, si así lo exigía la salud pública, para un país extraño. El último Presidente y sus Ministros comisionados, pueden deponer de este hecho importantísimo. Si se ha encargado del Gobierno en los momentos en que nadie puede echar sobre sus hombros tan enorme peso por su propia voluntad, solo ha sido porque las circunstancias no le permitieron resistirse á esta confianza.

Instalado el Consejo de representantes, y debiéndose esperar á la posible brevedad una ley orgánica que haga posible algun orden legal y prepare la reunion de un Congreso para que constituya definitivamente el país, el Gobierno procurará acreditar que desea ardientemente la union y la paz, el respeto á todas las personas y á todas las clases, y que el pueblo sencillo, tan digno de mejor suerte, que reprende á los partidos insensatos con su conducta y con su ejemplo, cuando se le quiere corromper y hacer cómplice de las desgracias públicas, en el objeto mas preferente de su solicitud.

Acostumbrados ya á oír promesas que no se cumplen, á constituciones que no se observan, á nombres que significan lo contrario de lo que espresan, el Gobierno quiere esta vez ser una honrosa escepcion de estos engaños y de estos escán-

dalos; y para que se le tome la palabra y se le juzgue por ella, manifiesta de la manera mas esplicita, que conservando los principios de que ha hablado anteriormente, no tendrá ninguno de sus actos el sello de una pasión política, y que á los odios de la guerra civil opondrá siempre los sentimientos que inspira la religion, sea vencedor ó vencido. Si el país se constituye por un Congreso que lo represente legítimamente, podrá salvar su independencia; y si el partido ó partidos que combatan al Gobierno triunfaren de él y buscaren su salvación, no en los recursos que puedan darles sus sentimientos y sus costumbres, sino en una nueva forma social que haga olvidar lo que ha sido, la cuestión se terminará pronto, dejando de figurar entre los pueblos independientes.

Mexicanos: ha sonado la hora que anunciaban las pasiones de la discordia interior, hora suprema en que nadie puede engañarse á sí mismo, ni desconocer tampoco cuáles con sus deberes para con la patria. O la Constitución de 1857 destronzada por ella misma; los poderes que creó disueltos, y un Gobierno establecido en la ciudad de Guanajuato, que quiere que ese código prevalezca sobre la Religion, sobre la union y sobre todos los principios é intereses que se han sublevado contra él, ó el Gobierno que os dirige la palabra, creado á consecuencia del movimiento de esta capital, favorecido ya por varios Departamentos, con las promesas que os hace y con el programa político que os ha manifestado. Pesad en la balanza fiel lo que mas conviene al país; deponed toda prevención contra las personas, y examinad seriamente si el progreso y la reforma, como se invocan hoy, deben triunfar de los sentimientos y de los principios que ha profesado y profesa la Nación toda; si los desastres de estos dos últimos años son preferibles á un nuevo período de legalidad y de concordia, y sobre todo, si es posible amar sinceramente y salvar á la patria bajo un sistema de venganzas y persecuciones. El Gobierno se resigna desde ahora á la suerte que le depare la Providencia Divina, y espera en su protección bondadosa, que cuando desaparezca de la escena política, no llevarán consigo las personas que lo forman, ni vergüenza ni remordimientos.

México, 28 de Enero de 1858.—*Félix Zuloaga*.—*Luis Gonzaga Cuevas*.—*Manuel Larraínzar*.—*José Hilario Elguero*.—*Juan Hierro Maldonado*.—*José de la Parra*.